



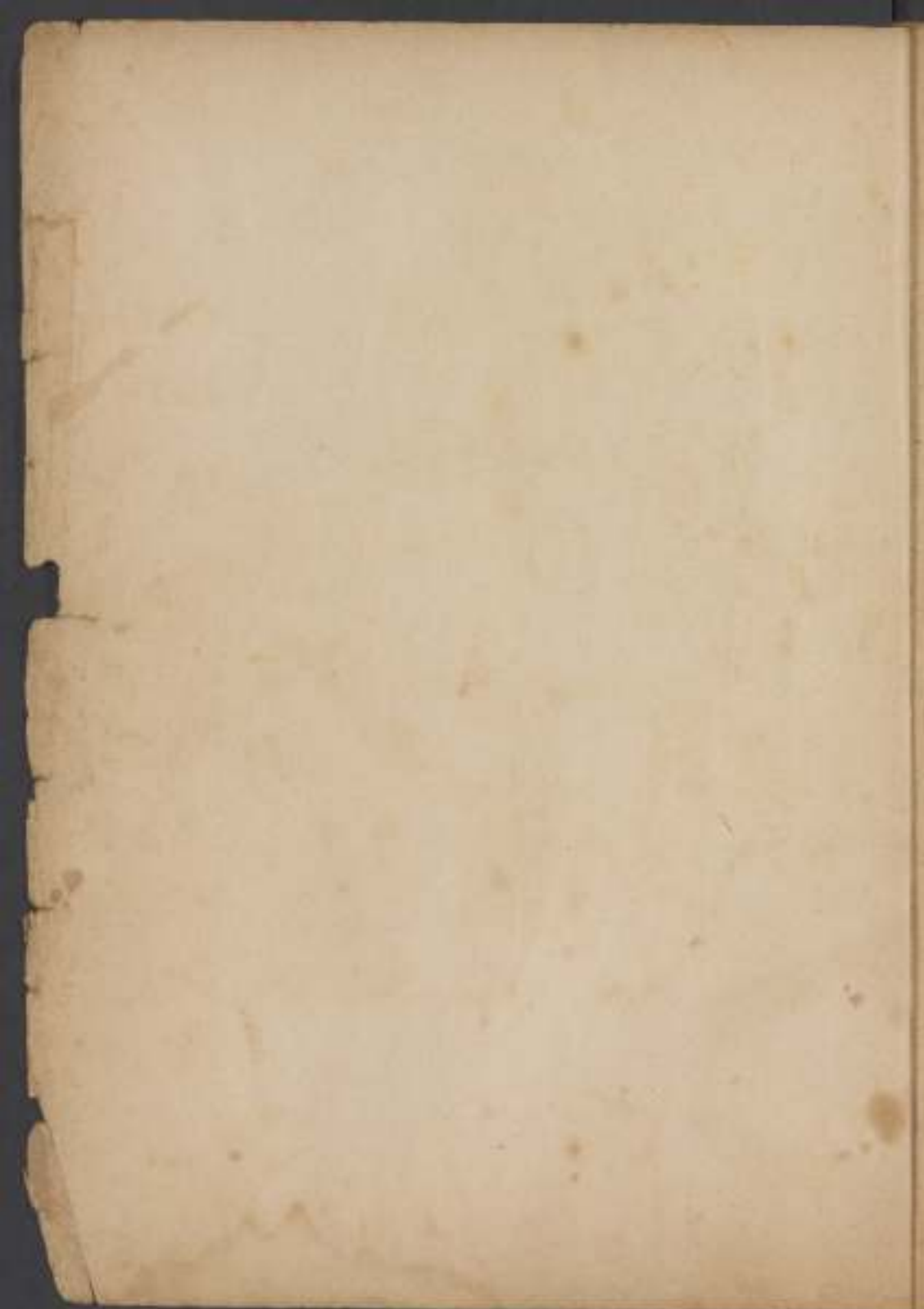
**MARTA
EGGERTH**

**ROLPH
VON
GOTH**

ERASE UNA VEZ UN VALS

EDICIONES
BISTAGNE





ERASE UNA VEZ UN VALS

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Núm 206

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Editor: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 16351 - BARCELONA

Erase una vez un vals

Deliciosa opereta cinematográfica, de éxito extraordinario

Música del eminente maestro
FRANZ LEHAR

Producción



Exclusiva de
CARLOS STELLA

Concesionarios para Cataluña, Aragón y Baleares

FEBRER Y BLAY

Rambla de Cataluña, 115

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES:

Marta Egerth - Rolph Von Goth

Ernst Verevz - Paul Horbiger

Lizzy Nätzler - Hilda Wust

Albert Paulig - Herman Blas

etc.

Erased una vez un vals

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Se había hundido la Banca Mocbina, de Berlín. La gente no daba al hecho la menor importancia. "Ha quebrado un Banco más", decía, encogiéndose de hombros al leer las dos líneas que la prensa de Berlín dedicaba al derrumbamiento o al pasar por delante de la entidad cerrada y embargada.

Sin embargo, de puertas adentro el drama adquiría trazos intensos y desagradables. Todo embargado, todo abierto, vacío y mudo. Sólo las cosas inútiles habían quedado allí amontonadas, despreciadas.

Pero detrás de todo eso, como fondo de tanta desolación y de tanta amargura, destacaba, con singu-

lar e inopinado contraste, la alegre sonrisa de Rudi Moebins, hijo del banquero difunto.

Era un joven lleno de vitalidad y simpatía y al que la materialidad del dinero no importaba poco ni mucho. Durante varios meses venía oyendo sin inmutarse los lamentos y los negros augurios del consejero Pfenning, que preveía la catástrofe.

El consejero Pfenning profesaba a Rudi un sincero afecto. Había sido compañero de luchas y fraternal amigo de la infancia del difunto banquero y al morir éste se había convertido por impulso propio y generoso en una especie de segundo padre de Rudi.

El consejero Pfenning era todo un caballero. Vestía impecablemente, hablaba en un tono suave y cortés que le habría envidiado el diplomático más exquisito, y era un apóstol de la corrección y de la seriedad.

Cuando todo estaba irremediablemente perdido, sólo pensó en Rudi. Había que asegurar su porvenir. Su entrañable amigo, el difunto Moebins, se lo agradecería desde la tumba. Era un deber de

conciencia que no podía ni quería eludir.

¿Cómo llevar a cabo su propósito? Cuando se trata de un joven bien parecido y simpático como Rudi, estos problemas ofrecen una solución que se antepone a todas las demás: el matrimonio de conveniencia.

Las dotes diplomáticas del consejero Pfenning serían en este caso un arma de utilidad inestimable.

Con este fin se dirigieron a Viena protector y protegido. En esta capital no sabrían nada de la quiebra ocurrida en Berlín. En cambio, el nombre de Moebins era conocido en los medios aristocráticos, debido a las frecuentes visitas del difunto banquero a Viena. Con esto y con la simpatía, rayana en la fascinación, de Rudi, el consejero Pfenning daba por seguro el éxito.

En un soberbio automóvil cruzaron las calles céntricas de la capital y se detuvieron ante el hotel Bristol.

Mientras el consejero, grave y metódico, se cuidaba de dar las órdenes oportunas a los mozos que habían acudido a recoger los equipajes, Rudi se encandiló ante un gran cartel en el que se leía:

ESTA NOCHE,
LA ESPLÉNDIDA OPERETA
ERASE UNA VEZ UN VALS

La mente de Rudi trabajó febrilmente durante unos segundos. Hizo planes, trazó rumbos, concibió propósitos, todo ello divertido y alegre a juzgar por la sonrisa que animó sus ojos y sus labios.

Se acercó a la taquilla. La taquillera tomaba en aquel momento su desayuno, consistente en un café con leche acompañado de pastas.

—¿Tiene usted dos buenas localidades para esta noche?

En aquel preciso momento, la taquillera se había llevado a la boca un *croissant* mojado en el café

con leche, y tuvo Rudi que esperar a que se tragara el bocado.

Entonces sonrió amablemente.

—¡Ya lo creo!

Buscó en el talonario y cortó dos localidades.

—Tenga usted. De la tercera fila. Que se divierta usted mucho. Es decir, ustedes, pues, por lo que se ve, no irá solo.

—De eso se trata — repuso Rudi con gesto de picardía.

Entregó el dinero y, mientras la taquillera volvía la cabeza para guardarlo, Rudi mojó el medio *croissant* en el café con leche, introduciéndolo en la boca de la joven.

Fué un modo original de demostrar su simpatía a aquella mujer.

II

El consejero Pfanning comenzaba a impacientarse.

Cuando se dió cuenta de que Rudi estaba en la taquilla del teatro, experimentó cierta contrariedad. Decididamente, su protegido no se daba cuenta de la importantísima misión que los llevaba a Viena.

—¿Pero qué demonios haces, Rudi?

—Ya lo ve usted, señor Pfanning. Comprando localidades para esta noche.

Y antes de que el consejero empezara a sermonearle, entró en el hotel.

Los criados, con una amabilidad que rayaba en el empalago, los condujeron a una de las mejores habitaciones del hotel, sin que el consejero opusiera el menor reparo. El negocio que pensaba realizar exigía aquel boato. En toda operación hay que exponer cierto capital.

El último criado, antes de marcharse, preguntó atentamente:

—¿Descan algo los señores?

—Sí — repuso Rudi —. Tráigame un coñac.

—¿Y el señor consejero? — interrogó el servidor a Pfanning, para demostrarle que se había enterado de quién era.

—A mí, un café.

—Perfectamente, señor consejero. ¿Nada más?

—Nada más.

—¿El café lo desea el señor consejero solo, con leche, con limón, con crema, con ron, con pastas o sin limón, sin crema, sin pastas, sin ron, sin leche?...

Molesto por aquel exceso de amabilidad y servidumbre, el consejero exclamó:

—¡No quiero nada de eso! ¡Tráigame un te!

—Perfectamente, señor.

—¡Pero tráigamelo en seguida!
¡Sin comentarios!

—Perfectamente, señor.

—¡Váyase!

—Perfectamente, señor.

El consejero, desesperado, le volvió la espalda.

Oyó cómo la puerta se abría y volvía a cerrarse, y respiró. Pero, apenas se había dejado iluminar por aquel rayo de esperanza, la puerta volvió a abrirse y la voz del criado se dejó oír de nuevo:

—¿El señor consejero quiere el te con limón, con leche, con pastas, con ron, con...?

Pfenning sintió por un momento la tentación de abalanzarse sobre el criado y estrangularlo, pero reaccionó y se contentó con lanzar un bramido que cortó el discurso del irritante servidor.

Una vez se hubo marchado éste y recuperado aquél su exenidad habitual, inainó:

—Debes arreglarte en seguida, Rudi. La señora del cónsul nos espera.

—No tengo el menor interés en visitar a esa señora.

—¡Pero lo tengo yo! Ya sabes

que no hemos venido a Viena a divertirnos, sino a casarnos.

—¿Usted también? ¡Le felicito, caramba!

—No bromees, Rudi. La situación es muy grave.

—Me lo ha dicho usted un millón de veces.

—¡Y todavía lo dudas!

—¿Cómo voy a dudarlo si me lo dice una persona tan seria como usted?

—¿Entonces?...

—Que espere esa señora.

—Pero su hija...

—Esa tendrá que esperar más que la madre.

—¡Oh, Rudi! Estás jugándote un brillante porvenir.

—Pero, querido señor Pfenning, ¿a quién se le ocurre comprometerse a hacer una visita de esta índole a los dos minutos de llegar a Viena? ¿Quién había de pensar que iba a mostrarse usted tan impaciente?

—Se trata de una visita preparatoria. Hemos de demostrar a la señora del cónsul nuestro interés por el asunto.

—“Nuestro”, no, pues yo no tengo ninguno.

—Es preciso aparentarlo.

—Pero lo menos que puedo pedirle es que me dé usted tiempo para respirar.

—Concedido, pero prepárate para mañana. La entrevista importante está fijada para dentro de veinte horas.

—Bien se ve que no pierde usted el tiempo. ¿Ha estado preparando el terreno por carta?

—En efecto. Soy hombre previsor.

—Para desgracia mía.

—¡Desagradecido!

Unos golpecitos en la puerta de la habitación, un alegre "¡Adelante!" lanzado por Rudi y entró el criado con el coñac y el te.

Por fortuna para Rudi, la presencia del servidor interrumpió el diálogo.

III

Al mismo tiempo, en casa del cónsul general, tenía lugar otra conversación sobre el mismo tema. Tomaban en ella parte el cónsul, su señora y su hija.

Lucia, que así se llamaba ésta, era muy linda, pero tan exageradamente recatada, que su belleza quedaba como esfumada dentro del marco casi monjil del vestido y el arreglo general de la persona.

Sus hermosos ojos apenas se levantaban del suelo; sus blancas manos estaban siempre cruzadas sobre el regazo; el cabello, negro y brillante, se recogía en forma de honesto moño sobre la nuca; ni un solo centímetro de escote permitía ver aquella garganta que se presentaba frágil y blanquísima.

—Para estas cosas tengo muy buen olfato — decía el cónsul—. La boda es cosa hecha.

—¡Dios te oiga! Buena falta nos hace una boda así.

—¡Ya lo creo! ¡La banca Moebius, de Berlín! ¡Ahí es nada! Los Moebius nadan en oro.

—Pero, mamá — intervino Lucia, con voz de colegiala—, ¿y si no nos gustamos?

—¡Bah! Eso es lo de menos.

—¡Oh, mamá!

—Hija mía, hay circunstancias en la vida que exigen el sacrificio de muchas cosas. Nosotros nos encontramos en uno de esos casos. Tú eres nuestra última esperanza.

—O, dicho de otro modo — aclaró el cónsul—, nuestro último capital.

—¡Oh, mamá!

El lamento de la niña no conmovió lo más mínimo a los calculadores padres.

La señora del cónsul le dijo por todo consuelo:

—Anda, acuéstate. Mañana nos visitarán esos señores y quiero que te encuentres como una rosa temprana.

—Como gustes, mamá.

Mientras en tono humilde murmuraba Lucía estas palabras, se levantó y ofreció la cándida frente a los labios maternales.

—Buenas noches.

—Buenas noches, hija mía.

Y los padres la vieron dirigirse a su habitación sin levantar la vista del suelo.

—¡Qué encanto de criatura! — exclamó, llena de esperanza, la señora del cónsul.

Y el diplomático, cuyo corazón estaba también ablandado por los millones de Mochins, exclamó:

—¡Encantadora como la madre!

Apenas la puerta del aposento se hubo cerrado tras aquella figura monjil, sencilla y recatada, estas virtudes se desvanecieron como por encanto.

Lucía levantó la cabeza, abrió la fresca boca en una risa llena de vida y juventud, alzó los brazos y exclamó:

—¡Libre!

Ato seguido, sus manos atacaron el honesto moño y lo convirtieron en graciosa y alegre melenita. Las mangas del vestido quedaron en sus manos de dos seguros tirones, y los brazos blancos, redondos, magníficos, se mostraron en toda su

deslumbrante esplendor. Lo mismo ocurrió en el cuello de la blusa: unos botones que se desabrochan y una hermosa garganta que aparece. Por este procedimiento, el vestido se convirtió de hábito monjil en *toilette* elegante que realzaba todas las gracias de la persona.

Entretanto, Lucía cantaba:

*Hay cuentos de hadas que se vuelven realidad.
Por eso quiero saber contigo noche y día.*

No importa que nuestro sueño llegue a ser

(realidad).

Mientras soñamos, mi dulce, nuestra es la

(felicidad).

De un salto quedó de rodillas en la ventana; otro salto y sus plantas se posaron en el jardín.

Iba a alejarse, cuando oyó que golpeaban la puerta de la habitación. Sin duda, su madre. Tuvo que trepar de nuevo a la ventana.

—¿Quién? — preguntó con voz melosa y como si estuviera adormilada.

—¿Duermes ya, hija mía? — preguntó la señora del consul.

—Sí, mamá. Estaba ya dormida. ¡Tengo tanto sueño!

—Eso es bueno, hijita. Duermes mucho, y verás qué guapa estarás mañana.

—Bueno, mamá.

—¡Adiós, hijita! ¡Buenas noches!

—Adiós, mamá.

Se alejaron los pasos de la señora del consul.

De nuevo saltó Lucía al jardín y echó a correr hacia la verja, repitiendo la dulce canción:

*Hoy cuentos de hadas que se sueñan realizan.
Por eso quiero soñar contigo noche y día.
No importa que nuestro sueño llegue a ser
Realidad.
Mientras soñemos, mi dueño, nuestro es la
Felicidad.*

IV

Rudi estaba cada vez más entusiasmado ante la perspectiva de lo que había proyectado para aquella noche.

—¿No le parece, querido señor Pfenning, que Viena es una ciudad encantadora?

—¿Quién piensa en esas minucias!

—¿A eso llama usted minucias? Permítame que le compadezca.

—No hemos venido a Viena a...

—Divertirnos, sino a casarnos. Me lo ha dicho usted dos millares de chelines, digo, dos millones de veces. En mi mente — cosa muy explicable — la idea de este matrimonio aparece envuelta en billetes de Banco. Pero a lo que íbamos, querido señor Pfenning. ¿Qué airecillo tan delicioso el de Viena! Respire usted a pleno pulmón. ¡Y qué muchachas! A cual más bonita.

Con un gesto de disgusto, respondió el consejero secamente:

—El porvenir de la Banca Moebius está en tus manos al mismo tiempo que el tuyo. Un pequeño empujón y podríamos rehabilitarnos.

—Le agradeceré que no me hable de eso.

—Es preciso, Mañana se decidirá nuestra suerte en la trascendental visita.

—Hasta mañana hay tiempo. Esta noche permítame que no piense cosas desagradables.

—Por lo visto, te has propuesto salir esta noche.

—¿Qué poder de adivinación posee usted, mi querido señor Pfenning!

—¡Por favor, Rudi! Eres nuestra última esperanza y la última esperanza de ti mismo. Esa gente nada en oro. Es preciso que descanses

esta noche para estar fresco mañana.

—Descuide, que procuraré conducirme con el máximo de frescura.

—¡Siempre de broma!

—Le aseguro a usted que hablo en serio.

—Entonces peor todavía. Pero, dime, ¿dónde piensas ir esta noche?

—¿No lo deduce usted después de haberme visto comprar las localidades para el teatro?

—¿Al teatro? Menos mal. En medio de todo pasaremos una noche agradable.

—Por lo visto piensa usted ir también.

—Puesto que has sacado dos localidades...

—Si lo dice usted sólo por eso, lo siento mucho, pero se queda sin ir.

—¿Para quién es entonces la otra localidad?

—Para quien ha de acompañarme.

—¿Quién es él?

—No es ningún "él", sino una "ella".

El conserjero se llevó las manos a la cabeza.

—¡Catastrófico!

Sacó del bolsillo un cuaderno de notas y exclamó alegremente:

—¡Aquí está la que ha de acompañarme!

—¿Abí?

—Sí, señor.

Y leyó tres nombres de mujer que tenía apuntados con la dirección y el número del teléfono correspondiente a cada una.

—Son tres antiguas amistades de mis anteriores viajes a esta querida capital.

—Lo mejor sería que no las llamaras. Al cabo de tanto tiempo no se acordarán de ti.

—Y entonces me acompañará usted, ¿verdad? ¡Es una gran idea, señor Pfennig!

Dicho esto, se sentó ante el teléfono y marcó el número correspondiente al primer nombre de la lista.

En seguida oyó Rudi una voz de mujer:

—¿Quién llama?

—Oye, Rizi. ¿No me conoces?

Una pausa.

—No, no lo conozco.

—Soy Rudi Mochins, de Berlín.

En aquel momento estaba Rizi acostada al lado de su esposo, un

hombrecón con cara de carnicero y unos bigotazos que casi se le entredaban en los barros de la cama.

Al oír Rizi el nombre de Rudi Moebius quedó tan parada que su marido, cuyo recelo le llevaba a espiar a su linda mujercita incluso cuando estaba durmiendo o aparentaba estarlo, se sentó en el lecho.

—¿Quién ha llamado?

—No tiene importancia. Una amiga.

Y fué a colgar el auricular, pero el escamado esposo lo impidió.

Se apoderó de un zarpazo del transmisor y esperó a que el comunicante dijera algo.

No tardó en oírse la voz de Rudi:

—Pero, Rizi, ¿no me conoces? ¿No te acuerdas de que me dejé en tu casa un pijama a cuadros?

Al oír esto, el esposo de Rizi se miró el pijama. Era a cuadros y se lo había regalado su mujer. Una terrible sospecha le dominó.

—¿Caballero!—exclamó con tono violentísimo—. Sepa usted que Rizi es mi esposa.

Rudi dió un salto y colgó el auricular al mismo tiempo que exclamaba:

—¡El marido!

Y mientras se enjugaba el sudor de la frente, el consejero reía de buena gana.

—No me importa—exclamó Rudi—. Si no es Rizi será Dora.

Marcó el segundo número en el disco y en seguida oyó la voz argentina de Dora.

—Soy yo, querida. Rudi Moebius, de Berlín... ¿Te acuerdas? Veo que tienes buena memoria... Pues te he llamado para preguntarte si quieres salir esta noche conmigo.

—Con mucho gusto, Rudi — respondió Dora.

Y acto seguido hizo esta pregunta:

—¿Puedo llevar conmigo a mi bebé?

Estupefacción en Rudi.

—¿Tu bebé? ¿Algún perrito acaso?

—No, Rudi. Un bebé de verdad. Un niño que es una monada.

—¡Lagarto, lagarto!

Y Rudi volvió a colgar el auricular.

El consejero se frotaba las manos con expresión de júbilo.

—Realmente—comentó con ironía—, estas muchachas viejecitas son encantadoras.

—No se ría usted que aun queda otra.

Y Rudi marcó en el disco el tercer número.

—¿La señorita Wally?—preguntó—. ¿Que se ha mudado? ¿Quiere darme su nueva dirección?...

¿Cómo? ¿Que está en Buenos Aires? Gracias.

Colgó el transmisor con tanta fuerza que estuvo a punto de romper el teléfono.

El señor Pfennig se desternillaba de risa.

V

Comenzó Rudi a pasear desesperadamente por la habitación.

—¡A ver qué hago ahora con la localidad sobrante!

—Se me ocurre una solución.

—Que se la entregue a usted.

—Exacto.

—Pues oiga usted lo que voy a decirle. ¡Antes la quemó!

Nuevos pascos y la idea salvadora brotó.

—Ya sé lo que he de hacer. Dejar que decida la suerte.

—¿Cómo?

—Ahora verá.

Se asomó al balcón y arrojó a la calle la localidad sobrante.

Quedó el billete en la acera. El consejero y Rudi no le quitaban ojo. Esperaban que una mano se inclinara a recogerlo, una mano que podía ser la blanca y suave de una dama o la áspera y vellosa de un barbudo.

Pasaban los transeúntes sin fijarse en el papelito azul. Algunos casi lo pisaban. No faltaba tampoco el que reparaba en él, pero, creyendo sin duda que estaba utilizado ya, no se inclinaban a recogerlo.

Momentos de expectación. De pronto, sonó el timbre del teléfono. Rudi se apresuró a acudir a la llamada y el consejero le siguió por si se trataba de alguna de las damas con quien el joven acababa de hablar.

Preguntó Rudi:

—¿Quién es?... ¿Cómo?... No, señor. Sin duda se ha equivocado... No hay de qué.

—Ha sido una equivocación—dijo al consejero mientras volvía al balcón apresurada zente.

El señor Pfennig le oyó exclamar:

—¡Ya no está!

Y, en efecto, cuando se asomó

pudo ver que la localidad había desaparecido.

—¡Ojalá la haya encontrado una muchacha rubia, de veinte años y muy linda!—exclamó Rudi.

—A lo mejor está en manos de la suegra de esa muchacha.

—No llame usted al mal tiempo.

Y acto seguido empezó a arreglarse para asistir a la representación teatral que representaba para él una tentadora incógnita.



Entró Rudi en el teatro cuando ya había empezado la función.

Todas las localidades estaban ocupadas, todas menos cuatro, dos de la tercera fila y otras dos de la fila séptima.

Las dos primeras eran las que Rudi había adquirido. Se sentó en una de aquellas butacas y se dedicó a esperar con el nerviosismo que es de suponer.

Se volvió por pura curiosidad hacia las dos butacas de la fila séptima que también estaban vacías y vió con sorpresa que una de ellas estaba ocupada ya y que quien la ocupaba era el consejero Pfenning.

Cruzaron una expresiva mirada y los dos fingieron absorberse en la contemplación de lo que ocurría

en escena, cuando en realidad los dos estaban atentos a lo que iba a ocurrir al lado de Rudi.

Casi al mismo tiempo se había aposentado Lucía en una de las localidades de anfiteatro que caían sobre la orquesta. Desde allí arrojó una mirada llena de pasión hacia el otro extremo del grupo formado por los músicos, donde un joven de mirada soñadora tocaba la flauta haciendo gestos expresivos.

Escribió dos líneas en un papel, dobló éste con cuidado y puso sobre el doblez el siguiente nombre: "Gustavo Linzer, Flauta".

Sin la menor vacilación arrojó el billete sobre los timbales. El que tocaba este instrumento levantó la cabeza y Lucía comenzó a hacerle señas que él no comprendió. Pero

al leer en el papel el nombre del flauta, se lo entregó al del bombo, que estaba a su lado y le dijo:

—Para Gustavo Línzer.

Cumplida esta misión, volvió a golpear los timbales tranquilamente.

El del bombo pasó el papel al del saxofón, el cual tuvo que interrumpirse en uno de los momentos más difíciles de su intervención, por lo que agradeció la interrupción en el fondo, y este músico, a su vez, entregó el papel a su vecino, y su vecino al otro y éste al que estaba a su lado y así fué corriendo el papel hasta llegar a las manos de Gustavo Línzer después de dejar una estela de interrupciones a lo largo de la orquesta.

Gustavo desdobló el papel y leyó:

"No olvidéis que hoy es nuestra última noche,

Lucía."

Como movido por un resorte, levantó la cabeza y se llevó el papel al corazón al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco.

Correspondió Lucía con un gesto parecido y se arrojaron mutuamente un beso.

En los ojos de ambas resplandecía el amor, un amor que había de terminar aquella noche, porque al día siguiente Lucía había de ser presentada al hombre que sus padres le destinaban como esposo.

VI

De pronto, se oyó un rumor en el teatro. Acababa de entrar una señora que llamaba la atención por su figura. No era que pareciese una Venus, sino que pesaba lo menos noventa kilos.

Crujían los zapatos bajo el peso enorme de aquella mole y le era imposible avanzar sin tropezar con los espectadores de un lado o de otro del pasillo.

El consejero Pfenning se echó a temblar al verla acercarse a la fila séptima, pero respiró cuando advirtió que pasaba de largo. El que se asustó ahora fué Rudi. La dama se detuvo al llegar a la fila tercera, miró, vió una butaca vacía y se dirigió a ella resueltamente, repartiéndole pisotones y codazos.

Rudi vió con horror que la mole humana se detenía a su lado y se sentaba en la butaca contigua. Se quedó de piedra. Le pareció oír una

risa a sus espaldas. Se volvió y vió al consejero Pfenning que hacía esfuerzos desmesurados por guardar la debida compostura y se tapaba la boca con una mano para que no le vieran reír.

Rudi le dirigió una mirada fulminante y le volvió la espalda.

Entonces se dió cuenta que la voluminosa dama hablaba en voz baja con el acomodador. Esta le había entregado la localidad y el empleado, después de examinarla, invitó a la espectadora a salir. Evidentemente, se había equivocado al sentarse allí.

Rudi lanzó una profundo suspiro y siguió a la dama con los ojos. Una insana alegría le asaltó al ver que el acomodador sentaba a la dama al lado del consejero, el cual tuvo que encogerse para evitar el caluroso contacto con aquella masa de carne.

Ahora fué Rudi el que dedicó una sonrisita burlona al consejero y éste el que le dirigió una mirada incendiaria.

Continuó la representación sin más incidentes dignos de ser comentados y sin que la butaca contigua a la de Rudi se ocupara.

De pronto un alado perfume recorrió la sala. Sin pisar apenas, deslizándose sobre las puntas de sus diminutos piecitos, una muchacha vestida con encantadora modestia y con graciosa sencillez, avanzó a lo largo del pasillo y fué aposentada por el acomodador al lado de Rudi.

Este, que hasta entonces no había dirigido una mirada al escenario, pues lo único que le preocupaba era la esperada aparición de su misteriosa vecina de localidad, siguió sin enterarse de lo que ocurría en el escenario, hasta tal punto le interesó la muchacha que acababa de sentarse a su lado.

Ella examinó con indiscreta fijez que ella no advirtió porque estaba absorta en el bello cuadro que ofrecía el escenario en aquel momento.

Era una muñequita rubia y deliciosamente bella, en cuyos ojos se

leía, al mismo tiempo que la inocencia, un sentimentalismo ingenuo.

Mentalmente, dió Rudi gracias a Dios por su suerte y se volvió para mirar al consejero. Este, que había advertido la entrada de la joven, miraba a su vez a Rudi con inocultable inquietud.

Nueva sonrisa del joven y nuevo gesto desesperado del viejo.

Inmediatamente, se dedicó Rudi a investigar el efecto que había producido a la muchacha. El resultado fué sumamente satisfactorio porque en seguida obtuvo de ella una sonrisa de simpatía.

Al final del primer acto hablaron sin que Rudi aludiera para nada a la localidad arrojada por el balcón del hotel, ni ella mencionara tampoco el billete que se había encontrado.

Durante el último acto, la actitud que ambos habían adoptado era tan demostrativa de la simpatía que los había unido, que el consejero Pfennig había recibido más de diez avisos de los espectadores que estaban a su espalda, pues, en su nerviosismo, no cesaba de incorporarse para mejor observar el proceso de aquella amistad que a su

juicio resultaba sencillamente catástrofica para sus planes.

En cambio, a Rudi y a su an-

gelical vecinita no les parecía precisamente una catástrofe lo que les había ocurrido.

VII

Acababa de terminar la representación. Gustavo llegó a trompicones al otro lado de la orquesta y dijo a Lucía, que lo esperaba asomada a la baranda del anfiteatro:

—En la puerta del escenario nos veremos.

—Allí estaré.

Y los dos echaron a correr para acudir cuanto antes al lugar de la cita.

También Rudi y su amiguita subieron al vestíbulo tan de prisa como pudieron, pero, al llegar al guard-ropa, se encontraron con que un compacto gentío se apiñaba en torno del mostrador.

—¡Cualquiera atraviesa ese mar humano!—exclamó Rudi.

—¡Tendremos que esperar lo menos veinte minutos!—se lamentó la joven.

Pero Rudi se dio una palmada en la frente.

—¡Tengo una idea! Verá.

Se acercó a un acomodador y le dió un billete y una moneda de plata,

Después le habló al oído y el empleado hizo un gesto de comprensión. Se guardó la moneda y exclamó al mismo tiempo que alzaba el billete tanto como le permitía la longitud de su brazo.

—¿Quién ha perdido cinco dólares?

Estas palabras obraron a modo de resorte eléctrico sobre el gentío, que se abalanzó ávidamente sobre el empleado.

El mostrador estaba vacío. Rudi y su encantadora amiguita pudieron acercarse tranquilamente a recoger sus abrigos.

—¿Qué le ha parecido?—exclamó Rudi alegremente.

—¡Que tiene usted un talento

hasta allá! — repuso la muchacha en el mismo tono.

—Pues aun falta lo mejor.

—¿Qué es?

—Ahora verá.

Rudi se acercó al acomodador, le quitó de la mano el billete y se alejó del brazo de la deliciosa rubia, seguido por las miradas de odio de todos los burlados.

Al llegar a la puerta se encontraron ante un problema mucho más difícil de resolver. Llovía torrencialmente. Ninguno de los dos llevaba paraguas ni impermeable.

—¿Qué hacer? — interrogó la muchacha con evidente contrariedad.

Y Rudi exclamó:

—¡Solucionado! Ahí hay un viejo fiacre que nos conducirá.

—¿Adónde?

—En el coche lo pensaremos.

Dicho esto, Rudi levantó su abrigo, subió con él la cabeza y la espalda de la rubia y los dos echaron a correr hacia el fiacre que no por viejo dejaba de tener en aquel momento una gran utilidad.

Ya iban a subir cuando sus cuerpos tropezaron con otra pareja que corría hacia el coche con idéntica intención.

Eran Gustavo y Lucía que habían emprendido la carrera desde la puerta del escenario.

Los cuatro pares de ojos se cruzaron a través de la cortina de lluvia.

—El fiacre nos pertenece—exclamó Lucía—. Nosotros lo hemos llamado primero.

La amiga de Rudi trató de defender su derecho, pero el joven intervino.

—No creo que sea momento oportuno para ponernos a discutir en medio de la calle. ¿Qué les parece si nos acomodáramos los cuatro en el coche?

—Por mí aceptado — repuso el flauta—. Pero sólo hay dos asientos.

—Que serán para nosotros.

—¿Y ellas?

—Ellas se sentarán sobre nuestras rodillas.

La idea pareció a los cuatro excelente y en un abrir y cerrar de ojos el coche echó a andar llevando consigo a las dos parejas y bajo el azote de la lluvia violenta.

Entretanto, el conserje Pfennig, que había acabado por encogerse en su butaca con un movimiento de resignación, estaba completamente solo en la sala, con la

cabeza doblada sobre un hombro y lanzando unos ronquidos que stornaban el teatro.

La encargada del guardarropa se acercó a él con su abrigo y su sombrero al brazo. Le tocó en un hombro y el señor Pfenning dió un salto.

—¿Qué pasa?

—¿Piensa usted pernoctar aquí, caballero?

Al darse cuenta de que la sala estaba vacía, el consejero se apoderó del abrigo y del sombrero mediante un par de zarpazos y huyó tan corrido, que ni siquiera dió propina a la encargada del guardarropa.

VIII

El coche se detuvo, después de un doble idilio que no necesitamos describir y de haber recibido el agua a raudales, ante un restaurante humilde y pintoresco.

Se dispusieron a bajar Rudi y su amiguita.

—¿Ustedes no quieren acompañarnos?

—No nos es posible—repuso Lucía.

—Entonces así van nuestras manos de amigos. Digámonos hasta más ver.

Se estrecharon las manos efusivamente y Rudi y la rubita recibieron la segunda ducha de la noche al cruzar la acera.

El flautista se quedó mirando a Lucía.

—Y nosotros, ¿adónde vamos?

—Lo único que deseo es hablar a solas contigo—repuso ella tristemente.

Entonces dijo Gustavo al cochero:

—A cualquier parte, con tal de que vaya muy despacio.

El auriga hizo un gesto de comprensión y fustigó al jameño, que no necesitaba recomendaciones para andar a paso de buéy.

Un largo silencio. Gustavo, cuyo natural tímido e irresoluto se veía a la legua, no sabía cómo iniciar la triste conversación.

A Lucía le ponía la angustia un nudo en la garganta.

Por fin, pudo ésta exclamar:

—¡Ha llegado por fin nuestra última noche!

Y Gustavo repitió catápidamente:

—Nuestra última noche.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—¿Qué quieres que diga, mujer?

—¡Que te irrites, que te rebelas contra el destino, que decidas rap-tarme!

—¡Horror!

—¡Siempre serás el mismo!

Nuevo silencio.

—Acaso sea aprensión tuya — balbuceó Gustavo.

—¿El qué?

—Que sea ésta nuestra última noche.

—¿Aprensión? ¡Ojalá! Ha llega-do ya a Viena mi futuro esposo. Mañana será la presentación ofi-cial.

—¡Oh!—suspiró Gustavo—. ¡Si al menos fuera un viejo repugnan-te!

—No sé cómo es, Gustavito, pe-ro oye bien lo que voy a decirte. Sea como sea, te querré siempre a ti y sólo a ti.

—Oponle a la voluntad de tus pa-dres.

—¿Crees que no he intentado ha-cerlo? ¡Ah! Es todo inútil. Estamos al borde de la ruina. Los millones de los Mochins serán nuestra sal-vación.

—¡Claro!—convino Gustavo con amarga resignación.

—¿Qué quieres decir?

—Que tienen razón tus padres.

—¡Y que eso lo diga un hombre que me ama!

—¡Qué remedio me queda, Lu-cía! He de reconocer la verdad.

—¡Cobardo!

—¡Pero mujer!...

—¡Calla!

—Compréndelo, Lucía. Yo te quiero mucho, pero sólo tengo los doscientos cincuenta chelines men-suales que gano tocando la flauta. ¿Qué puedo hacer con doscientos cincuenta chelines, pobre de mí?

—¿No puedo creer que me ames!

—¡Oh, Lucía!—exclamó Gusta-vo con lágrimas en los ojos—. ¿Có-mo puedes dudar que eres toda mi vida?

—¡Eres tonto de remate!

—Porque te amo, deseo tu feli-cidad.

—¿Y crees que mi felicidad es-tá al lado de ese Mochins, al que ni siquiera conozco?

—Por lo menos, al lado de sus millones.

—No, Gustavo, no. Yo sólo te amo a ti.

Le echó los brazos al cuello con patético ademán y los dos derramaron lágrimas de amargura.

De pronto, volvió a rebelarse el

alma apasionada e inquieta de Lucía.

—¡Gustavo!

—¿Qué?

—¿Me quieres de verdad?

—Te lo juro.

—Entonces no debemos consentir que se tuerca nuestro destino.

—Bueno.

—¡Huyamos!

—¿Adónde?

—Adonde Dios quiera. El caso es alejarnos del foco del peligro y hacer irremediable nuestro matrimonio.

Gustavo temblaba de miedo.

—¡Pero eso es una locura!

Y Lucía se echó a llorar desesperadamente, en el colmo de la indignación, al mismo tiempo que llenaba de improperios a aquel hombre al que, a pesar de todo, amaba con locura.

IX

Entretanto, Rudi y la deliciosa amigueta que Dios le había deparado, charlaban en la intimidad de un rincón del restaurante, ante una mesa servida por un discretísimo camarero.

—¡Qué feliz casualidad que nos hayamos encontrado! — exclamó Rudi.

—La casualidad es mucho mayor de lo que usted se figura.

—¿Por qué?

Vaciló un momento la muchacha y repuso:

—Voy a decírselo. La localidad la he encontrado esta misma noche en medio de la calle.

—Pues, franqueza por franqueza, sepa usted que esa localidad que usted se ha encontrado la había arrojado ya antes por el balcón.

—¡Oh! ¿Para qué? ¿Acaso por-

que había reñido con la que tenía que acompañarle?

—No. Sepcillamente porque no tenía quien me acompañara y pretendía que la suerte me deparase la persona que había de ser mi vecino de butaca.

—Verdaderamente, es un procedimiento original de buscar compañía.

—Excuso decirle hasta dónde llegará mi gratitud.

—¿A quién? ¿Por qué?

—Al destino, por haberte encontrado.

—¿Os tuteáis tan aprisa en Berlín?

—Cuando dos personas se sienten tan compenetrados como nosotros, sí.

—¿Cómo puede haber compenetración si nos conocemos hace tan sólo unas horas?

—Eso pregúntaselo al amor.

No pudo evitar la muchacha un estremecimiento de placer. La verdad era que Rudi la cautivaba. Pero, con esa prevención y esa coquetería que en estos casos esgrime siempre la mujer, disimuló:

—La canción de siempre. Quíreme hoy para que te olvide mañana.

El semblante de Rudi se entristeció:

—¡Mañana! ¡No hablemos de mañana!

—¿Por qué?

—Porque todo habrá acabado... ¡Bah! No intentemos saber quiénes somos ni cómo nos llamamos. Nos queremos y eso basta, ¿verdad?

Pero la muchacha era de opinión muy distinta.

—¿Cómo ha de bastar? ¿Qué misterio es ese?

—¡Por Dios! No me preguntes. Lo cierto es que te adoro y que ésta es mi última noche de libertad.

Quedó la joven sobrecogida. Todo creyó comprenderlo instantáneamente. Se hallaba ante un ladrón, acaso ante un asesino... pero adorable.

Balbuceó:

—¿Debo entender que te encerrarán mañana?

—Peor aun.

—¡Oh, indudablemente es un asesino! —pensó la muchacha—. Lo mandarán a presidio."

—Necesito dinero.

—¿Para qué?

—Para vivir. Me hacen falta millones.

Cada vez más convencida de que estaba hablando con un terrible delincuente, la joven preguntó:

—¿Será muy larga tu pena?

—Cadena perpetua—repuso Rudi pensando en el carácter vitalicio de los lazos matrimoniales.

—¡Horror! Me lo figuraba. ¿Eres un asesino!

Rudi la miró con sorpresa. Comprendió el error sufrido por su amiguita y, con su buen humor habitual, no deshizo el error.

—¿Quieres satisfacer mi última ilusión?—preguntó dando a su voz un tono patético—. No me dejes solo en mi última noche.

La joven se debatía entre dos sentimientos encontrados: el que la empujaba hacia su simpático amigo y el que la impelia a alejarse del peligro de su condición de delincuente.

Por fin contestó:

—Mi padre se extrañaría. Voy a avisarle por teléfono.

Y se dirigió al teléfono. Durante cinco minutos esperó Rudi lleno de alegría y esperanza. Cuando hubieron pasado ocho, comenzó a sentir cierta inquietud. Cuando se cumplieron los diez, se levantó sin poder contener su impaciencia.

Buscó en vano la cabina del teléfono. Encontró al camarero que les había servido y le preguntó:

—¿Dónde está el teléfono?

—Aquí no hay teléfono.

Se quedó estupefacto.

—¿Es usted el acompañante —

preguntó el mozo—de esa señorita rubia que?...

—Sí, sí. Yo soy—le atajó Rudi ávidamente.

—Pues ha dejado este papel para usted.

Lo desdobló Rudi nerviosamente. Era una línea escrita con prisa y pulso inseguro.

“¿Por qué me has confesado la triste verdad?”

Y ni una firma, ni un nombre, ni una inicial siquiera...

Tuvo Rudi un gesto de desaliento infinito y salió de aquel establecimiento donde había pasado una hora inolvidable.



¡Ojalá la haya encontrado una muchacha rubia!...



Entró Rudi en el teatro cuando ya había empezado la función.



...el coche echó a andar llevando consigo a las dos parejas...



...Charlaban en la intimidad de un rincón del restaurante...

—¿Os tuteáis tan aprisa
en Berlín?



El despertar de la muchacha rubia había sido desolador.



Cambiaron un guiño de inteligencia.



—¡Oh! ¡Cómo nos comprendemos!



—¿Ha preguntado alguien por mí?



—¡Por fin te he encontrado!



Puesto que te empeñas, huyamos:



...y le dió un violento beso.

de pronto, apareció Gustavo
en el marco de la ventana.



Los cuatro quedaron sentados sobre sus equipajes.



El conserje Penning era camarero...



En cuanto a Mitai, cuidaba de la repostería...

X

A la mañana siguiente.

El agua que cayera a raudales sobre los hombros de Rudi había dado sus frutos: un resfriado de primera magnitud.

Lanzó un estornudo después de dar los buenos días al señor Pfennig y éste exclamó:

—¡Un resfriado en momento tan decisivo de nuestra vida!

—Será la única dote que llevaré al matrimonio—comentó irónicamente Rudi.

—¿Dónde estuviste anoche?

—En la Gloria.

Y lanzó un nuevo y estrepitoso estornudo.

El consejero se llevó las manos a la cabeza.

—¿Y en este estado pretendes valer dos millones de chelines?

—Tiene usted razón. Vamos a dejarlo.

Sonó en este momento el timbre del teléfono. Rudi se abalanzó sobre el aparato ávidamente.

—¿Quién?

Y oyó una voz desconocida que le preguntaba:

—¿Quiere alguna localidad para "La boda de Figaro"?

Comprendió que era la taquillera a quien había comprado las localidades el día anterior, quien le hacía la pregunta. Se estremeció.

—No necesito presenciar las bodas de nadie porque también voy a casarme yo y con eso tengo bastante.

Y colgó el auricular con un gesto lleno de desesperación.

Por todo consuelo, el consejero le recordó que tenía que vestirse inmediatamente, pues para media hora después habían convenido la visita.



El despertar de la muchacha rubia había sido también desolador.

¿Habría sido todo un bello sueño?

Pero no. Recordaba perfectamente su voz, sus miradas, su sonrisa. Incluso conservaba un retrato de él en silueta, que les había hecho un artista ambulante en aquellos deliciosos e inolvidables momentos que había pasado en compañía de Rudi en la intimidad de un rincón de restaurante.

Su padre, un hombre activo, de gran movilidad, largos bigotes y exagerados ademanes, la aprendió:

—¡Vamos, Mitzi! No hay tiempo que perder. Ya sabes lo que cuesta ganar un dólar.

—¡Oh, papá! Hoy no me va a ser tan fácil trabajar como los demás días—suspiró Mitzi.

El padre, que adoraba a su hija única y tenía con ella toda clase de consideraciones debido a la utilidad que aportaba a su negocio, exclamó haciendo un aspaviento:

—¿Por qué, hija mía? ¿Qué te

sucede? ¿Alguna contrariedad, alguna pena?

Mitzi rehuyó la respuesta y padre e hija salieron de la casa y se dirigieron a un punto céntrico de la ciudad para detenerse junto a un autobús de turismo.

Aquél era el negocio del padre de Mitzi. Por un precio relativamente módico daba una vuelta a Viena, explicando los principales lugares por donde pasaban.

Mitzi era la encargada de reclutar pasajeros.

Aquella mañana, como la muchacha había augurado, no estaba en condiciones de trabajar y el autobús tardaba demasiado en llenarse.

El padre estaba desesperado.

—Pero, hija mía, ¿no comprendes que esto no puede ser? Has de animarte si no quieres que vayamos derechos a la ruina.

—No puedo, papá, no puedo—suspiró Mitzi.

—Pero ¿qué te sucede? Vamos, díselo a tu papaito. ¿Algún... desengaño?

Mitzi afirmó con un movimiento de cabeza.

—¿Me lo figuraba! ¿Y quién es él?

—Ni sé cómo se llama, ni quién es, ni dónde vive.

—¿Pues si que sabes poco!

—Lo único que sé es que es el hombre más encantador del mundo.

—Eso es querer saber demasiado.

—Es la verdad, papá.

—Pero ¿no sabes de él nada, nada? ¿Ni de dónde procede, ni si pasee algo?

Evidentemente aquel "algo", a juzgar por el gesto que lo había acompañado, podía traducirse por la palabra "capital". Pero Mitzi, que no estaba para traducciones, respondió:

—Lo único que tiene es cadena perpetua.

El padre de Mitzi dió un salto.

—¿Eh? Pero ¿de quién te has enamorado, hija mía?

—Del ladrón más simpático del mundo.

—¿Horror!

—Si tú lo conocieras, papá...

—Ni lo conozco ni lo conoceré.

Un presidiario no tendrá jamás entrada en mi casa.

Los escasos viajeros que ocupaban el autobús comenzaban a impacientarse. El padre de Mitzi losuvo que apaciguar.

—En seguida va a comenzar la vuelta, señores. Les suplico un minuto de paciencia. Las bellezas que van a pasar ante sus ojos les compensarán de estos momentos de espera.

Cuando de nuevo se ocupó de su hija vió que estaba absorta en la contemplación del retrato en silueta de Rudí.

—¿Es ése el ladrón?—inquirió el padre.

—Sí.

—Verdaderamente, tiene toda la cara del criminal. No puede negar su condición.

—Eso sí que no es verdad. Por la cara nadie diría lo que es—le defendió Mitzi apasionadamente.

—¿Cuántos jóvenes de la buena sociedad quisieran parecersele!

—¿Que no tiene cara de delincuente? Voy a demostrártelo ahora mismo.

Y, apoderándose del retrato, lo mostró a los viajeros al mismo tiempo.

po que les dirigía estas palabras con tono altisonante:

—Señoras y señores; miren bien esta cara y díganme si sus rasgos no son los de un criminal. Fíjense en la frente, en la mandíbula inferior, en la forma de la cabeza...

Los viajeros seguían murmurando impacientes, en vista de lo cual, el padre de Mitzi dió el asunto por terminado.

—Dejemos esto, Mitzi, y al trabajo.

Resignóse la muchacha y comenzó a pasear por la acera repartiendo prospectos y cantando una cancioncilla de propaganda con voz adorable.

*Por diez chelines verán Viena,
que es una ciudad de gracia llena.
Viena de noche, Viena de día,
con sus penas y sus alegrías.*

Inmediatamente se vió Mitzi rodeada de una multitud de jóvenes que le dirigían toda clase de requiebros, a los que ella respondía con miradas que nadie hubiera podido resistir.

—Si viene usted con nosotros—dijo uno del grupo—haremos el viaje.

—Prometido. Me sentaré entre ustedes.

Y esto bastó para que el autobús se acabara de llenar en un abrir y cerrar de ojos.

Arrancó el ómnibus. El padre de Mitzi, de pie entre los asientos, iba dando explicaciones de los monumentos y lugares ante los que el autobús pasaba.

De pronto se nublaron los ojos de Mitzi y por sus mejillas resbaló una lágrima. En aquel momento se hallaban ante la cárcel.

—¿Qué le sucede?—le preguntó el viajero que iba a su lado.

—¿Ve usted aquellas rejas?

Y Mitzi señalaba las ventanas de la cárcel.

—Sí—repuso el viajero.

—Pues allí encerrarán a uno con cadena perpetua.

Seguía el autobús su vuelta. El Parlamento, el Prater, la Universidad...

X I

Al mismo tiempo que Mitzi hablaba al viajero, de la cadena perpetua, Rudi, vestido de etiqueta rigurosa y con un ramo de flores en la mano, trasponía la enrejada puerta de la casa del cónsul general, acompañado del consejero.

—¡Por fin prisionero! — exclamó.

—Pero en jaula de oro—dijo el consejero.

—Para mí todas las jaulas son iguales.

Dicho esto, lanzó un estruendoso estornudo. El consejero tuvo un gesto de desesperación.

—¡Y que quieras valer así dos millones!

—Ya le he dicho que estoy dispuesto a volverme atrás.

Pero el consejero le empujó.

El mayordomo, único criado que quedaba en la casa, les había anunciado ya.

Entraron los visitantes en el sa-

lón. Fué un momento solemne. La señora del cónsul no pudo contener una lágrima cuando su esposo dijo:

—¡Bienvenidos los distinguidos viajeros a esta casa y a Viena!

Y el consejero contestó:

—En nombre de la banca Moebina, gracias.

La alusión a la banca produjo excelente efecto en los padres de Lucía.

—¡Oh!—exclamó la señora del cónsul—. Cada vez estoy más emocionada.

—Pues hoy no es día de lágrimas, señora—dijo con su habitual finura el consejero Pfennig—, sino de alegría.

—Esta unión—exclamó el cónsul con énfasis—será el símbolo de la fraternidad de dos pueblos: Alemania y Austria.

Mientras los padres de Lucía y el consejero cambiaban palabras al-

tisonantes y fórmulas hipócritas, Lucía y Rudi se habían estrechado la mano. Los dos se quedaron estupefactos al reconocerse.

Y los dos, intuitivamente, comprendieron que estaban salvados de las cadenas que trataban de imponerles.

Cambiaron un guiño de inteligencia y comenzaron a representar una farsa de simpatía pasional que fué del agrado del consejero y de los padres de Lucía.

—Ahora — opinó la señora del consúl — creo que debemos dejar solos a los muchachos.

—La idea fué aprobada por unanimidad y todos salieron del saloncito cerrando las puertas.

Lo primero que hizo Rudi entonces fué lanzar un estornudo.

Lucía comentó alegremente:

—Ahí tiene usted las consecuencias de salir a la calle en una noche de perros.

—¿Acaso usted no salió? A propósito. He de pedirle explicaciones. Usted es mi prometida y anoche me engañó con un músico.

—Pero, entretanto, estaba usted con una rubia.

—Por consiguiente, estamos en paz.

—Ni más ni menos.

Los dos se echaron a reír.

—Me es usted muy simpático.

—Y usted me parece una encantadora camarada.

—Sin embargo, usted prefiere a las rubias.

—Cierto. Y tampoco yo soy an típico, ¿verdad?

—En efecto.

—Entonces, ¿para qué casarnos?

—Claro que no nos debemos casar.

—Pues prometamos no casarnos.

—Prometido.

Se estrecharon la mano.

—Ahora — dijo Rudi — hablemos de otras cosas.

—Hablemos de lo que usted quiera.

—De usted.

—¿De mí?

—Sí. ¿Quiere usted mucho a su novio?

Lucía puso los ojos en blanco y exclamó:

—¡Oh!

—Basta. No diga usted más.

—Pero tiene un gran defecto.

—¿Cuál?

—Que es extraordinariamente cobarde. No tiene una pizca de

energía. La decisión no la conoce. Esa es mi desgracia.

—¿Por qué?

—Porque si tuviera valor y decisión me habría raptado ya y todo estaría solucionado. Mil veces le he dicho que me rapte, que me libre de la amenaza de usted.

—¿Y él?

—Por todo consuelo me contesta que debemos resignarnos, que debemos sacrificar el amor a la conveniencia.

—¿A la conveniencia?

—Naturalmente. ¿Qué más conveniente para una mujer que casarse con un hombre rico?

—¿Lo de rico lo dice usted por mí?

—Sí.

Rudi sonrió de un modo indefinible y exclamó:

—En resumidas cuentas, ¿usted quiere que el flautista la rapte?

—¡Oh, ya lo creo!

—Pues yo hablaré con él.

—¿De veras?

—Déme usted su dirección y hoy mismo iré a visitarle.

Se apresuró a obedecer Lucía. Luego preguntó:

—¿Qué va usted a decirle?

—Lo necesario para infundirle energía.

—¿Y cree que se las infundirá?

—Estoy seguro.

—¡Oh, cuánto se lo agradezco!

—Le garantizo que la raptará.

—¡Gracias, gracias!

—Pero a cambio de eso he de pedirle un favor.

—Concedido.

—Ayúdeme a encontrar a la rubia.

—¿A la rubia?

—Sí, a la muchacha que iba anoche conmigo.

—Pero ¿no es su novia?

—Nos conocimos en el teatro. No sé cómo se llama, ni quién es, ni dónde vive.

—Entonces, ¿qué sabe usted?

—Que la adoro.

—¡Ahí es nada!

—¿Cree usted que la encontraremos?

—Creo que la fortuna nos favorecerá.

—Dios la oiga.

—Pero ¿no tiene usted ninguna pista, ningún punto de partida para emprender su busca?

—Ninguno. —Pero recordando el retrato en silueta que ella le había dado a cambio del suyo apenas los

terminara el artista ambulante, rectificó—. Es decir, sí. Tengo algo.

Y le mostró la silueta.

—Poco es, pero para algo nos servirá. Imagínese usted que paseáramos por las calles un cartel con su silueta, en el que le suplicara le enviara detalles de su paradero al hotel.

La idea pareció a Rudi más que aceptable.

—¡Es usted encantadoramente ingeniosa! — exclamó en el colmo de la gratitud.

—Pero usted ha de visitar a mi novio.

—Palabra de honor.

—¡Oh! ¡Cómo nos comprendemos!

—¡Y cómo nos entendemos!

—No esperarían mis buenos padres una compenetración tan rápida.

—Ni el consejero Pfenning.

De nuevo se echaron a reír.

—Ahora — dijo Lucía — volvamos a prometernos que no nos casaremos por nada del mundo.

—Prometido. No me casaré con usted por nada del mundo.

—Ni siquiera por el dinero.

—Ni por el dinero.

—¡Gracias! Me ha hecho usted feliz.

—Y usted a mí. ¿Me permite que le dé un beso como prueba de gratitud?

—¿Por qué no?

Le ofreció la mejilla y Rudi posó en ella sus labios.

Entretanto, en la sala contigua, los padres de Lucía y el consejero Pfenning hacían proyectos acerca del porvenir de aquella boda cuyo primer paso acababan de dar.

Llegó un momento en que el consejero Pfenning creyó oportuno apuntar:

—Y en cuanto al dinero...

—El dinero es lo de menos—repuso el cónsul heroicamente.

El consejero dió un salto.

—¿Cómo?

—Quiero decir que el dinero no es problema.

—Cuando lo hay.

—Dejemos ese tema ingrato — intervino la señora del cónsul — y veamos qué efecto se han producido los muchachos mutuamente.

Se dirigieron a la puerta del saloncito y la abrieron cautelosamente.

En aquel momento, Lucía estaba

recibiendo el beso de gratitud solicitado por Rudi.

La señora del cónsul lanzó un suspiro de satisfacción.

—Se han visto y se han amado. Ha sido un flechazo en pleno corazón.

—Así son las muchachas de Viena — exclamó orgulosamente el cónsul.

—Y así son los chicos de Berlín —replicó en el mismo tono el con-
sejero Pfenning.

XII

Gustavo Linzer, el flautista, había pescado también un respetable trancazo. Como consecuencia de su carácter apocado, era enormemente aprensivo y se había metido en cama materialmente forrado con prendas de mucho abrigo y bajo varias mantas de más de dos centímetros de espesor. En su cabeza, se veía una toalla a modo de turbante. Estaba visto que Gustavo quería vivir a toda costa.

Ni que decir tiene que tan exagerado abrigo le hacía sudar a chorros. Pero eso no le preocupaba gran cosa. Poner hubiera sido la humedad de la tumba.

A cada momento se ponía el termómetro para comprobar si tenía fiebre, y, con objeto de ver mejor el mercurio, se había comprado un termómetro del tamaño de una batuta.

Recostado sobre varios almohadones, hacia escalas y arpeggios en la flauta. Se detuvo de pronto. Se

quitó el termómetro de debajo del brazo. Lo examinó, y como tenía una décima de fiebre, se asió de tal modo, que confundió el termómetro con la flauta y se puso ésta debajo del brazo al mismo tiempo que intentaba arrancar notas variadas a aquél.

En este momento se abrió la puerta y entró Rudi. Este y el flautista cambiaron una mirada que fué en Gustavo de sorpresa.

—¿No me conoce usted?—inquirió Rudi.

El flautista hizo un esfuerzo por recordar y exclamó:

—¡Ahora séigo! Usted es el que compartió conmigo el viejo fiacre.

—Exacto.

—¿Y no ha sufrido usted las consecuencias del remojón?

Un estornudo de Rudi hizo innecesaria la respuesta.

—¿Y con ese resfriado va usted por la calle?—inquirió Gustavo.

—¡Bah! Peor sería una bronquitis.

—¡Y peor una pulmonía doble! Pero todo hay que curarlo. Vaya a meterse en cama, créame.

—Tenemos cosas mucho más importantes que hacer.

—¿Tenemos?

—Sí, en plural, porque a los dos nos afecta.

—¿De qué se trata?

—Voy a decirsele. ¿Usted sabe que Lucía se ha de casar con otro?

Gustavo lanzó un suspiro.

—Lo sé. Se ha de casar con otro y me ama a mí. ¿No le parece a usted una catástrofe?

—Ciertamente. Pero, ¿sabe usted quién es el hombre con quien se ha de casar?

—No lo conozco, ni ganas.

—Pues soy yo.

Gustavo dió un salto en la cama.

—¿Usted!

—Sí, yo.

—¡Oh! Es el colmo de la desgracia. ¡He de detestarle después de haberme sido usted tan simpático!

—¿Eso es todo lo que se le ocurre?

—¿Qué más quiere usted que se me ocurra, pobre de mí?

—¡Es el colmo de la mansedumbre! Si estuviera yo en su caso, me opondría a toda costa.

—Eso mismo dice Lucía, pero no puedo, ¡no puedo!

—¿Por qué?

—Porque me falta valor.

—¿No le da vergüenza confesarlo?

—¿Para qué?

—¡Hay que ser enérgico!

—No sé de dónde podré sacar la energía.

—¿De cualquier parte! El caso es que usted ha de impedir esta boda a toda costa.

—Pero...

—¡Basta de disculpas! ¡Ha de hacerlo usted y lo hará! ¿Le importaría a usted que Lucía dejara de quererlo?

—Eso me partiría el corazón.

—Pues acabará por detestarlo si no cambia usted de carácter. A las mujeres no les gustan los hombres cobardes.

—¿Usted cree?

—¡Estoy seguro!

—¡Oh! Antes que eso la muerte. Dígame qué debo hacer y lo haré.

—Rapte usted a su novia.

—¿Raptaría? ¡Pero eso es una mala acción!

—Pues no hay otro remedio. O la rapta usted o tendrá que verse envuelto en su odio.

Gustavo se encogió de hombros con un gesto de resignación.

—Bueno, la raptaré.

—¡Aquí tiene dos billetes y varias cartas de recomendación, todo para Berlín!—dijo Rudi con tono inapelable.

—Está bien, está bien.

—Ahora hágame una demostración de cómo piensa realizar el rapto.

—Pues verá usted. Entraré en su habitación y le diré: "¿Me permites que te rapte?"

—No, hombre, no. Eso equivale a que le dé una negativa.

—Entonces...

—Hay que exigir, que amenazar incluso.

—Comprendido. Le diré: "O huyes conmigo o me enfado."

—Si lo dice usted en ese tono, le responderá con un bostezo. Hay que ser enérgico, rotundo, incluso violento.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció la patrona con dos botellas de agua caliente que Gustavo le había pedido. Con la ra-

pidez del rayo, pasó una idea salvadora por la mente de Rudi.

—Ahora verá usted cómo se inculca en una mujer la decisión de fugarse.

Se dirigió a la patrona y de buenas a primeras le espetó:

—¡Oh, señora! Perdóneme mi atrevimiento, pero no puedo menos de decirle que es usted el tipo de mujer que yo he soñado.

La patrona, que era una viuda cursi con más ganas de casarse que de acertar el número gordo, se estremeció con una sacudida de placer y no acertó a pronunciar palabra.

—¿Qué le parezco yo? —inquirió Rudi sin darle tiempo ni siquiera para respirar—. ¡Por Dios, responda! Me devora la impaciencia.

—Pero... si apenas nos conocemos...

—¡No importa! ¡Nos amamos y basta! Dígame: ¿está dispuesta a huir conmigo?

—¡Oh!... La verdad... —balbuceó la patrona, que creía estar soñando.

—Vaya inmediatamente a hacer las maletas.

—Pero...

—¡No me replique! ¡Mi corazón

no tiene esperal Le doy cinco minutos de tiempo.

La patrona obedeció, como hipnotizada por las palabras de Rudi, y entonces éste se volvió a Gustavo, que había seguido la escena boquiabierto, y le preguntó:

—¿Qué le parece?

—¡Asombroso!

—Pues lo mismo ha de hacer usted. Prescinda de contemplaciones; sea enérgico, brutal. ¡Hágalo por ella!

—¿Por ella? ¿No se enfadará usted?

—Si tuviera que enfadarme no se lo propondría.

—¿De veras no me tiende usted una celada?

—¡Qué disparate! Ni Lucía me ama a mí ni yo amo a Lucía. En cambio, ustedes se adoran. ¡Vamos! ¡Haga usted un esfuerzo! ¡Pienso que será suya, que la tendrá entre sus brazos palpitante de amor!

Las expresivas palabras produjeron en Gustavo una fuerte reacción. Se estremeció de placer, primero; después, se irguió fieramente.

—Sí, seré violento, seré brutal, seré todo cuanto haya que ser. ¿Cuándo sale el primer tren?

—A las seis y media.

—¿No hay ninguno antes?

—No.

—¡Oh! ¡Tener que esperar hasta las seis y media! ¡Mi corazón se impacienta.

—¡Así se hace!—le alentó Rudi.

—Pues eso no es nada, comparado con lo que voy a hacer cuando me encuentre ante Lucía.

—¡Bravo!

Gustavo arrojó por un lado la flauta y por otro el termómetro. Se quitó la toalla de la frente y la lanzó contra la cabeza de Rudi.

—¡Seré enérgico, brutal! — vociferó—. ¡Le ordenaré que prepare las maletas y que me siga! Y si no obedece...

Apretó los puños, torció la boca en una mueca terrible y se abalanzó sobre Rudi para practicar en su persona todo cuanto iba diciendo.

—Si no obedece, la cogeré, la zandearé, la golpearé y la arrojaré por la ventana si es preciso. ¡Hay que ser enérgico, brutal! ¡Y más que brutal, feroz!

Estaba desencajado, como poseído por el demonio.

A consecuencia de la paliza, Ru-

di había caído en la cama. Se levantó y exclamó:

—¡Bravo! ¡Magnífico!

Pero, al mismo tiempo, echó a correr para ponerse a salvo de la bárbara y súbita energía de aquel energúmeno.

En el vestíbulo se dió de manos

a boca con la patrona, que iba en su busca con dos maletas.

Se quedó bastante desconcertada al ver que Rudi se dirigía a la puerta.

—Pero ¿no me ha hablado usted de huir?

—¡Eso hago! — exclamó Rudi. Y se dió a la fuga.

XIII

Lo primero que hizo Rudi fué ir a avisar a Lucía que se preparase para ser raptada.

—¿Está usted seguro? — inquirió Lucía, trémula de emoción.

—Segurísimo. Me lo he dejado engiando.

—¿Es posible?

—¡Está brutal!

—¡Oh, cuánto le agradezco lo que ha hecho usted por nosotros!

—Ahora voy a ocuparme de mi asunto.

Una hora después una larga fila de muchachas recorría las calles de Viena con carteles en los que aparecía una reproducción ampliada de la silueta de Mitzi y las siguientes palabras:

“¿Dónde estás, muchacha de bello perfil? Envía la respuesta al hotel Bristol, cuarto núm. 55.”

Para que el anuncio resultara más llamativo aún, las muchachas iban cantando un canto que comenzaba de este modo:

*“¿Dónde estás, muchacha de bello perfil?
¿Dónde estás, rosa de abril?”*

Rudi, sin poder poner freno a su impaciencia, se lanzó a la calle para presenciar el desfile de las muchachas, y sólo cuando calculó que habían recorrido todo el centro de la ciudad, volvió al hotel.

—¿Ha preguntado alguien por mí? — interrogó al conserje.

—Sí. Tiene usted visita a consecuencia del anuncio.

Se estremeció Rudi de emoción y echó a correr escaleras arriba.

Al llegar a su cuarto se detuvo aterrado en el umbral.

Más de veinte muchachas charlaban animadamente en el interior.

¡Y ninguna era la que Rudi buscaba!

Aun no había podido sobreponerse a su estupor, cuando las muchachas se dieron cuenta de la presencia del huésped y se abalanzaron sobre él con exclamaciones como estas:

—¡Aquí me tienes, mi vida!

—¡Yo soy la joven que buscas!

—¡Mira mi perfil y dime si no soy yo!

—¡Te amo!

—¡Ven aquí, simpático!

Rudi puso en práctica lo único que podía hacer para librarse de aquel vehemente aluvión femenino: echó a correr y no se detuvo hasta llegar a una peluquería, donde ordenó que le cubrieran el rostro de jabón inmediatamente.

Así lo hizo el oficial, y Rudi se dispuso a dejarse afeitar.

De pronto una voz deliciosa llegó a sus oídos:

*Por diez chelines verás Viena,
que es una ciudad de gracia llena.
Viena de noche, Viena de día,
con sus penas y sus alegrías.*

Por pura curiosidad, pues la verdad es que no reconoció aquella voz, volvió Rudi la cabeza. Se quedó estupefacto. Sobre los cristales opacos de la puerta se proyectaba la silueta de la muchacha del bello perfil. ¡Sí, era ella! ¡No había duda!

Y en el mismo momento en que adquiriera esta seguridad, saltó fuera del sillón, dejando al peluquero con la navaja en la mano y

la boca abierta, arrojó a un lado el paño que cubría su torso y salió a la calle.

Reconoció a su adorada rubia y se arrojó sobre ella con los brazos abiertos. La estrechó contra su pecho en un arrebató de pasión, al mismo tiempo que exclamaba.

—¡Por fin te he encontrado! ¡No volverás a escaparte!

Mitzi estaba tan sorprendida, que no acertó a pronunciar una sola palabra.

¿No sería un sueño lo que le estaba sucediendo? ¿Podía ser verdad tanta belleza?

Por fin pudo hablar:

—¿Cómo has podido salir de la cárcel?

—Mi compañera de pensión y yo — repuso Rudi alegremente — hemos hecho una jugareta a los carceleros. Ella también ama la libertad, porque también está enamorada.

Mitzi no comprendió aquellas laberínticas declaraciones.

—¿De qué mujer estás hablando?

—Es algo que no puedes comprender, querida, a menos que te dé una larga explicación, y no es este momento de explicaciones.

—En efecto, aquí, en medio de la calle, estás en peligro. ¡Ven! ¡Escóndete!

Lo arrastró a un café cercano.

—¡Has de huir! — suplicó entonces, angustiadamente.

Rudi, en vista que el papel de ladrón le iba tan bien, estaba decidido a seguir la farsa hasta el fin.

—¿Huir? Será preciso que huyas tú conmigo, pues no pienso separarme de tu lado.

—¡Oh!

—De modo que decide.

—¡No puedo, no puedo! ¿Qué diría mi padre?

—Entonces volveré a caer en poder de la policía.

—¡No, no!

—En tu mano está. Sólo huiré si te decides a acompañarme.

Por un momento se entabló en el alma de Mitzi una lucha tremenda. Ella no quería disgustar a su padre, pero tampoco quería ser la causa de la desgracia de su amado.

Por fin triunfó el amor y Mitzi se dio por vencida.

—Puesto que te empeñas, huyamos.

Rudi creyó enloquecer de alegría y le dio un violento beso.

—¡Huiremos a Berlín!

—¿No temes a la policía berlinesa?

—Tengo muchas amistades entre los agentes. Pero, vamos. No hay instante que perder.

Sin soltar el brazo de Mitzi, entró en la cabina del teléfono y marcó el número del hotel Bristol.

—¿Hotel Bristol? Soy Rudi Mochins. Preparen mi equipaje y dos billetes para Berlín.

Mitzi estaba asombradísima.

—Pero ¿estabas en la cárcel o en el hotel Bristol?

—Ahora no hay tiempo que perder. En el tren te lo explicaré todo.

La cogió de un brazo y tiró de ella en dirección a la calle.

Por el centro de la ciudad, continuaba el desfile de muchachas provistas de carteles que pedían a Mitzi diera señales de vida en el cuarto número 55 del hotel Bristol.

XIV

Esperaba Lucía con impaciencia la llegada de su amado raptor, cuando, de pronto, apareció Gustavo en el marco de la ventana, donde se había colocado merced a un salto felino.

Tenía el pecho fieramente combatido y había adoptado una actitud supoleónica.

—¡Vengo a raptarte, Lucía! — exclamó en tono inapelable.

Lucía estaba tan sorprendida ante la actitud de su novio, que no supo qué contestar.

—¿Qué significa ese silencio? — bramó Gustavo—. No admito una negativa. ¡Habla!

—¡Oh, Gustavo! ¿Qué quieres que diga? Estás adorable.

Se plantó el flauta de un salto en medio de la habitación y ordenó:

—¡Haz tus maletas!

—Ya están hechas.

—Perfectamente. ¿Dónde están?

—Aquí. Míralas.

Las cogió Gustavo una a una y

las fué arrojando por la ventana.

—La vía aérea — exclamó — es siempre la más rápida.

—¡Qué brutal estás, amor mío! — exclamó Lucía, poniendo los ojos en blanco.

—¡Basta de comentarios! A la estación.

Y como Lucía permaneciera aún en actitud extática, Gustavo le dió un tremendo empujón hacia la ventana.

—Salta, si no quieres que te arroje de cabeza.

—¡Así me gustas, ladrón!

Y pronunciadas estas palabras, Lucía saltó por la ventana al jardín.

Acto seguido, de un segundo salto, Gustavo ganó el marco de la ventana.

—¡Hay que ser enérgico, duro, brutal! — exclamó con ojos llameantes.

Y se arrojó al jardín, llevándose en la mano un portier.

Mientras esta importantísima escena se desarrollaba en el aposento de Lucía, en el cercano salón dialogaban sobre un tema trascendental el consejero Pfenning y el cónsul. La conversación era escuchada con atención por la señora de ésta, que, como su marido, aparentaba una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Envueltas en el humo de los cigarrillos, el consejero lanzó estas palabras:

—No habrá escapado a su agudeza, mi querido amigo, que esta boda hay que asegurarla económicamente.

—Desde luego.

—Porque del amor solo no se vive.

—¿Qué duda cabe!

—Por consiguiente...

Se llevó el cigarro a la boca para estudiar la frase con la debida calma, y continuó:

—Por consiguiente, ¿no le parece que debemos traducir en cifras estos propósitos en los que ambos coincidimos?

—Lo creo muy oportuno.

—Entonces, tenga la bondad de señalar la cantidad.

—El caso es, mi querido consejero, que, en concreto y con exactitud, nada había pensado todavía... ¿Acaso usted?...

—Preferiría que fuera usted el primero en proponer o fijar.

—Gracias por la atención, querido señor Pfenning, pero he de advertirle que acepto de antemano lo que usted proponga, pues conozco su buen tino, su discreción y su prudencia en estas cuestiones.

Ante aquella lluvia de vaselina, el consejero se dispuso a no quedarse corto.

—Agradezco infinito esas palabras para mí tan halagüeñas y que no hacen sino probar por millonésima vez su inveterada caballería. Créame que desde este momento me considero en deuda con usted y obligadísimo por tanta y tan sutil generosidad. Me complace infinito poder acatar su discreta indicación y voy a lanzar una cifra que puede servir de punto de partida para modificaciones que nos conduzcan a un mutuo acuerdo.

Extrajo del cigarro una considerable cantidad de humo y la fué arrojando al espacio lentamente. Entretanto, la cifra de dos millones que llevaba en su mente desde hacía mucho tiempo, fué creciendo, impelida por una fuerza extraña. Así, tras medio minuto de silencio, inquirió:

—¿Qué le parece a usted si pudiéramos cinco millones?

El cónsul, que sólo esperaba dos, no pudo reprimir un estremecimiento de alegría.

—¿Cinco? ¡Encantado!

Y añadió, en el colmo del entusiasmo:

—¡Como si quiere usted que pongamos siete!

—¡Tanto mejor!

—¡Oh! Bien sabía yo que habríamos de llegar rápidamente a un acuerdo.

—Gracias a su discreción.

—¡De ningún modo! ¡Gracias a la suya!

—Es usted muy amable.

—¡Usted, usted!

—Los dos.

—Eso es: los dos.

Nueva pausa.

—¿No cree usted conveniente que hagamos un convenio por escrito? — propuso el cónsul.

—Me parece prudentísimo.

Requirió aquél papel y pluma y se dispuso a escribir.

—Se me ocurre una cosa, mi querido consejero. En vez de siete, que es un punto tan raro, pongamos ocho millones.

—¡Estupendo, amigo mío, estupendo!

—Es más: si usted quiere que redondeemos la cifra...

—¿Redondearla? ¡Eso es poco! ¡Convirtámosla en una bola de billar!

—¡Bravo! Así, en vez de ocho, pondremos diez millones.

—Póngalo usted en seguida, antes de que se nos olvide.

Escribió el cónsul.

El consejero quitó con la uña la ceniza del puro.

Estaba dándole vueltas a una pregunta evidentemente delicada.

La soltó por fin:

—Ahora vamos con las fechas. ¿Cuándo recibirá el novio esa cantidad?

El cónsul alzó la vista y la clavó en el consejero con estúpida expresión.

—Querrá usted decir la novia.

—¿Por qué la novia? — inquirió el señor Pfennig con un mo-

vimiento de inquietud—. Estábamos hablando del novio.

El cónsul arrojó la pluma sobre la carpeta.

—¡Estábamos hablando de la novia!

El consejero se pasó el pañuelo por los labios.

—¡Calma, calma! Pongamos las cosas en su punto. Vamos a ver, mi querido amigo, vamos a ver. Hemos quedado en que Rudi Mochina recibirá diez millones de ustedes.

El cónsul lanzó una carcajada llena de sarcasmo.

—¿De nosotros? ¡Eato tiene la mar de gracia! ¿Cree usted que si tuviéramos diez millones habríamos intentado sacrificar nuestra hija?

Y añadió, cada vez más descompuesto:

—¡Diez millones! ¿Oyes, querida? ¡Diez millones! ¡Querían sacarnos diez millones a nosotros, que ni poniéndonos boca abajo nos encuentran un chelin!

El consejero comenzó a pasear por el salón, decepcionado y amargado.

—¡Qué será de nosotros! — exclamó sin poderse contener—. ¡Nuestra última esperanza por las nubes!

—Ustedes, al menos, tienen un magnífico negocio en marcha.

—¿En marcha? Hace tiempo que encontró un bache en el camino.

—¿Cómo? ¿Acaso la Banca Mochina?...

—En quiebra.

El cónsul se llevó las manos a la cabeza.

—¡Y a semejante mendigo iba yo a entregar mi hija! ¡Pronto! ¡Hemos de arrancarla de las garras de ese amor de perdición!

—¡Lo mismo digo! — convino el consejero—. Sería una desgracia que Rudi se hubiera enamorado de una mujer que no tiene ni para comprarse un par de medias.

—¿Y para eso he estado yo gastando saliva?

—Más hemos gastado nosotros entre el viaje y el hotel.

—¡Enhorabuena!

—Pero habrán de pagarnos ustedes la vuelta.

—Conforme.

—Menos mal.

—Pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de que regresen ustedes a pie.

—¡Chistecitos, no! — exclamó

el consejero, prescindiendo de súbito de su lenguaje diplomático.

—¡Vaya usted a la... ciudad de Berlín!

—Esos puntos suspensivos me escaman.

—¡A mí, plim!

—¡Es usted un grosero!

—¡Y usted un!...

Pero no pudo acabar la frase.

La señora del cónsul, que se había dirigido al cuarto de Lucía, lanzó un grito desgarrador.

Acudieron el consejero y el cónsul y vieron el cuarto vacío y la ventana abierta.

Rudi había raptado a Lucía. Este pensamiento pasó a un tiempo mismo por las mentes del consejero y del cónsul.

XV

—¡Ese mentecato ha raptado a mi hija! — exclamó el padre de la raptada.

—¡Pobre muchacho! — se lamentó el consejero—. No sabe que esta gente no tiene un chelín.

—¡Corramos al hotel! Acaso lleguemos a tiempo.

—¡Pronto! ¡No hay momento que perder!

Y los cónsules, por salvar a su hija, y el consejero por salvar a Rudi, echaron a correr y penetraron en tromba en el hotel Bristol.

No se detuvieron hasta llegar a la habitación número 55, donde un camarero les informó que el ocu-

pante de ella había partido en dirección a Berlín, acompañado de una muchacho.

—¡La débacle!

—¡Todo perdido!

—¡Pobre Lucía!

—¡Pobre Rudi!

De súbito, un nuevo personaje irrumpió en la habitación con semblante descompuesto.

Era el padre de Mitzi.

Cuando mayor era su inquietud a causa de la repentina desaparición de su hija, vió los carteles lanzados por Rudi, reconoció la silueta de Mitzi, hizo rápidas deducciones y corrió hacia el hotel y la ha-

bitación que se citaban en los carteles.

—¿Es este el cuarto número 55?

—Sí, señor — repuso el consejero con aspereza—. ¿Qué demonios se le ofrece?

—¿Dónde está el que lo habita?

—Camino de Berlín.

—¿Se ha marchado?

—¡Vaya una pregunta tonta!

—Pero ¿solo?

—¡Ojalá! — intervino el cónsul.

—¿Con una muchacha?

—Por desdicha.

—¡Pobre hija mía!

—¿Cómo hija suya?

—¡Sí, ha huido con mi hijo! ¡Tengo pruebas! ¡Mi pobre Mitzi ha desaparecido! ¡El la ha citado mediante grandes carteles! ¡El muy bandido!

—¡Cuidado con las palabras! — exclamó el consejero amenazadoramente.

—¡Pero ese chico es un monstruo! — comentó la dama—. ¡Huir con dos mujeres a la vez! ¡En la vida he visto cosa igual!

—Pero ¿qué hacemos? — apremió el padre de Mitzi—. ¡Hay que obrar sin perder momento!

—Sí, sí — convino el cónsul—. Hay que obrar.

El consejero se sobrepuso a su propia inquietud y tomó la voz cantante.

—¡Calma, señores! A todos nos interesa alcanzar a los muchachos e impedir que actos más graves se consuman, ¿no es eso?

—Exacto.

—Desde luego.

—Entonces unamos nuestras fuerzas para lograr la máxima eficacia. En primer lugar, averigüemos a qué hora sale el primer tren para Berlín.

—¡Ni más ni menos!

—¡Muy bien pensado!

—Cualquier criado del hotel nos lo dirá.

Llamaron al que estaba más cerca, lo interrogaron y obtuvieron una respuesta desoladora.

No salía ningún tren para Berlín hasta el día siguiente.

—¡Esto sí que es la perdición! — exclamó con su intuíción femenina la señora del cónsul—. Si les dejamos veinticuatro horas solos, cuando lleguemos se habrá consumado la catástrofe.

—¡Cierto!

—Sabias y tristes palabras.

—Si fuéramos en un auto...

Esta proposición sugirió al padre de Mitzi la idea salvadora.

—¡Tengo la solución en la mano!

Todos se agruparon en torno o él.

—¿De veras?

—¿No es una broma?

—¡Hable, por Dios!

Y el consejero recomendó una vez más:

—¡Calma, calma!

Se hizo el silencio, y el señor Pfenning invitó al padre de Mitzi:

—Hable usted.

—Pues tengo la solución porque tengo un autobús.

—¿En buen estado?

—Las carreteras más accidentadas son para él pistas de asfalto.

—Entonces...

—Ahora mismo podemos emprender el viaje.

—¡Gracias, Dios mío! — suspiró la señora del cónsul.

—Menos palabras y más hechos — opinó el consejero Pfenning.

—¡Corramos! — dijo el padre de Mitzi.

Todos salieron del hotel con velocidad de carrera pedestre.

Se instalaren en el autobús como mejor pudieron, y el padre de Mitzi empuñó el volante.

Por primera vez, aquel vehículo, que tantas vueltas había dado a Viena, salió de la ciudad y se lanzó a una carrera desenfrenada camino de Berlín.

XVI

Entretanto, en un confortable departamento de primera y ante sendas copas de champaña, cuatro seres eran felices mientras el convoy los conducía a Berlín.

Lucía y Gustavo a un lado de la pequeña mesa movable, Mitzi y Rudi al otro, brindaban por su felici-

dad futura y charlaban alegrement.

—¿Por qué me engañaste diciéndome que te iban a meter en la cárcel? — preguntó Mitzi.

—Te equivocas si crees que te engañé. Lucía y yo íbamos a perder la libertad. ¿Verdad, Lucía?

—¡Y tun verdad! ¡Oh, si este hombre brutal no me hubiera rapado!

Mitzi hizo un gesto de incompreensión.

—Como si me hablarais en chino.

—Voy a explicártelo, Lucía y yo nos íbamos a casar.

La sorpresa casi desorbitó los ojos de Mitzi.

—¿A casaros?

—Ya lo creo.

—Entonces, ¿os amabais?

—¿Cómo podíamos amarnos, si ni siquiera nos conocíamos?

—Entonces iba a ser un matrimonio...

—De conveniencia — apuntó Gustavo.

—De conveniencia para mis papás — aclaró Lucía.

—Y para mi protector, el consejero Pfenning — puntualizó Rudi.

—Comprendido — dijo Mitzi. Un matrimonio acordado sin consultar a los contrayentes.

—Lo gracioso es — explicó Rudi — que tanto el consejero Pfenning como los papás de Lucía soñaban con que esta unión les produjera millones, y ni uno ni otro tenemos un chelín.

—Entonces no había necesidad

de realizar esta doble fuga. Todo se habría aclarado al fin y ellos hubieran sido los primeros en oponerse a que el matrimonio se realizara.

—Que es probablemente lo que a estas horas habrá ocurrido ya — rió Lucía.

—Por lo tanto, tengo razón.

—No, Mitzi — intervino Gustavo—. Hay cosas que no tienen espera. Me gusta proceder con rapidez y energía. Mi corazón se abrasaba y el de Lucía también. ¿Verdad, amada mía?

—Sí, mi amor — repuso la joven, echándole los brazos al cuello.

—Aprende, Mitzi — dijo Rudi.

Y Mitzi demostró su aplicación imitando a Lucía.

Después hubo un silencio. Tanto Mitzi como Lucía sentían a cada momento que su felicidad era empañada por una preocupación.

—¿Creéis que nos perseguirán? — inquirió la hija del cónsul.

—Probablemente — opinó Rudi—. Tus padres habrán notado tu falta.

—Me horroriza pensar el disgusto que habrán recibido.

—En el mismo caso está mi padre — dijo Mitzi—. Con la agra-

vante de que él no sospechará qué ha podido ser de mí.

—No te preocupes, querida — la alentó Rudi—. Tan pronto como lleguemos a Berlín le pondremos un telegrama.

—¿De verdad? — inquirió la muchacha con súbita alegría.

—¡Y tan de verdad!

—¡Oh, Rudi! ¡Qué bueno eres!

—¿Haremos lo mismo nosotros, Gustavo?—inquirió Lucía.

—¡Vaya que sí! Una vez que te tenga segura, estoy seguro de que llegaré a adorar a tus padres.

—¡Oh, Gustavo! ¡Eres un ángel!

—Pero un ángel brutal y enérgico — puntualizó Gustavo.

Y Lucía exclamó poniendo los ojos en blanco:

—¡Así me gastas!

Nuevo abrazo.

Otra vez siguió Mitzi el ejemplo de Lucía.

Después bebieron y brindaron por la felicidad de los dos hogares que iban a formar.

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Con qué medios?

En eso ni siquiera pensaron.

Eran jóvenes. En aquel momento estaban ciegos de felicidad.

Fué para ellos una noche inolvidable.

XVII

Pero tras la tempestad viene la calma. Esto pudo decirse de aquel temporal de dicha que inundó a las dos juveniles parejas.

Cuando llegaron a Berlín, lo primero que hicieron fué dirigirse a casa de Rudi, puesto que él era el único berlinés y tenía allí una casa que podía servirles de refugio gratuito, cosa muy importante dada la

situación económica en que se hallaban.

Se le ocurrió entrar a Rudi por la puerta del establecimiento bancario en vez de utilizar el portal que conducía a sus habitaciones particulares y entonces sobrevino la calma de que hemos hablado en aquel ambiente de tempestuosa felicidad.

Rudi se quedó estupefacto al ver la situación lamentable en que se hallaba lo que antes fueron oficinas de un banco.

Por primera vez en la vida daba importancia a la situación del negocio que llevaba el nombre de Moebius. Al salir de Berlín, camino de Viena, ni siquiera se le ocurrió dirigir una mirada al establecimiento bancario, donde la mano del juez había empezado ya a intervenir.

Sólo pensaba en aquella Viena que tantos ratos de felicidad le había proporcionado. Los nombres de las muchachas que con él participaron de aquellas jornadas de alegría ocupaban totalmente su imaginación y le impedían ocuparse de cosas tan desagradables como la desastrosa situación en que se hallaba la casa de banca que su padre le había legado.

Ahora le invadió una desolación profunda, una pena infinita. Y era que a la vista de aquellas estancias vacías, se daba cuenta de que lo que podía ofrecer a Mitzi era mucho menos de lo que ella merecía.

La casa era lo único que la justicia no había podido embargarle y esa estaba hipotecada.

Los forasteros se miraron unos a otros y después miraron a Rudi.

—¿Esta era la casa de banca que había fascinado a mis padres por su riqueza?—inquirió Lucía.

—Esta, amigos míos — repuso Rudi en son de lamento—. He aquí a lo que ha llegado un negocio floreciente.

—¡Si al menos hubieran dejado unas cuantas sillas para sentarnos! —apuntó Mitzi, que estaba cansada del viaje.

—¡Ojalá fuera todo tan fácil de solucionar como eso! — exclamó Gustavo al mismo tiempo que se sentaba sobre su maleta.

—¡Magnífica idea! — reconoció Lucía.

Y se sentó también sobre el equipaje.

Rudi y Mitzi hicieron lo mismo. Los cuatro quedaron sentados sobre sus equipajes.

De pronto, aquél se puso en pie de un salto.

—A lo mejor, el juez que ha hecho el embargo es un hombre distraído y...

Sus amigos le vieron dirigirse a la caja de caudales y abrirla.

Nada. El vacío monetario más desolador. Sólo una gata que había dado a luz varios gatitos, eligiendo

para ello aquella caja de caudales que la justicia había dejado abierta.

Con paso lento y triste, Rudi volvió al lado de sus amigos.

—¡Nada!—exclamó.

Y hubo un largo silencio.

—Estamos en plena ruina—murmuró Rudi—. ¿Qué haremos?

Una pausa y contestó Gustavo alegremente:

—¡Tengo una idea! ¡Puedo dar conciertos de flauta!

—¡Bah! Con eso no podremos vivir.

Otra pausa. Esta vez fué interrumpida por voces procedentes de la calle.

Lucía, que casualmente miraba hacia la puerta, se puso en pie al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Mi madre!

Mitzi dirigió la vista hacia donde Lucía miraba y lanzó una exclamación parecida:

—¡Mi padre!

En efecto, eran los cónsules, el consejero y el dueño del autobús, los que habían llegado ante la puerta de la banca después de un viaje que les molió a todos los huesos.

—¡No hay que pensar que estén aquí!—gritaba el cónsul.

—No se pierde nada con mirarlo—repuso la dama.

Y el consejero recomendó una vez más:

—Calma, calma.

Mitzi y Lucía estaban muertas de miedo. Temían a las iras paternas como al demonio.

—Esta vez será la primera que mi padre me pegue—balbuceó la rubia.

—¡Ya estoy temblando! — casi sollozó Lucía.

Y Rudi, aprensivo, preguntó a Mitzi:

—Oye, ¿estás segura de que tu padre no lleva encima ningún arma?

Y fué Gustavo, el ex cobarde, el que dió la nota de valentía.

—¡Calma! Yo me encargo de esos energúmenos.

Y abrió la puerta cuando ya a través de ella habían visto los recién llegados a los fugitivos.

Gustavo se cruzó de brazos en el umbral.

—¡Paso! — gritó la señora del cónsul.

Y el flauta repuso con énfasis:

—¡Sólo pasarán por encima de mi cadáver!

Pero el padre de Mitzi, que era más fuerte que Gustavo, le apartó

de un manotazo y entró. Los cónsules y el consejero aprovecharon la coyuntura para entrar también, e inmediatamente se produjeron no las escenas de terror que Lucía y Mitzi esperaban, sino otras muy diferentes en que se derrochó la ternura por ambas partes, que hasta semejantes sacrificios llega el amor paternal.

Mitzi y su padre se confundieron en un abrazo y la joven le dijo entre lágrimas y besos:

—¡Te amo, papá, le amo!

—Pero, ¿y la otra?

El padre de Mitzi señaló a Lucía, que también se había arrojado sollozando en brazos de su madre:

—Esa señorita tiene también un amor puro y grande como el mío. He aquí su futuro.

Y señalaba a Gustavo.

Bastó esto para que todos comprendieran la verdad de lo ocurrido y con unos cuantos abrazos y gemidos más, todo quedó perdonado y olvidado.

Incluso el consejero Pfenning supo consolarse con esta reflexión:

—El padre de Mitzi, cuando meñes, tiene un autobús. No es como el cónsul, que ni siquiera tiene una bicicleta.

Y se resignó a que Rudi se casara con la heredera del autobús.

La parte sentimental del asunto estaba ya arreglada. Pero ¿podía decirse que el problema estaba solucionado?

No. Lo más grave estaba por resolver. Seguía en pie el conflicto económico.

—Ahora — dijo el consejero Pfenning con cruel ironía — a amarnos y a lanzar bostezos.

Los semblantes se oscurecieron ante esta descarnada alusión. Murmuró Rudi:

—Es verdad. ¿De qué viviremos ahora?

Y, tras una pausa, exclamó alegremente:

—¡Tengo una idea! ¡Un poco de suerte y todos viviremos con desahogo!

—¿De qué se trata? — inquirió Pfenning.

—De un negocio.

Se animaron todos los semblantes.

Rudi explicó su proyecto:

—Viena está de moda en Berlín, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues montaremos un establecimiento vienés. Ustedes pondrán el ambiente de Viena, el señor

Pfenning y yo pondremos el establecimiento, pues para nada queremos esta casa vacía.

La idea fué acogida con entusiasmo, y, un mes después, se habían llevado a la práctica los planes de Rudi.

Un café-restaurant sobre cuya puerta se leía el rótulo de "Viena". Todos los cargos eran desempeñados por los dueños del negocio. La señora del cónsul cuidaba de la caja y su marido del mostrador. Lucía estaba en la cocina. Rudi era una especie de encargado al mismo tiempo que actuaba de gancho para la clientela femenina. El consejero Pfenning era camarero, un camarero exquisito que encantaba a los parroquianos con su finura. Y

Gustavo era el director de una orquesta que hacía más amena y grata la estancia en aquel café.

En cuanto a Mitzi, cuidaba de la repostería, y su padre repetía en Berlín el negocio practicado en Viena. Por diez marcos los turistas podían dar una vuelta completa a la ciudad en aquel autobús que, según su dueño, era el mejor vehículo del mundo.

Todo iba a un fondo común y se repartía por partes iguales entre los miembros de la sociedad.

Y como el negocio marchaba viento en popa, todos fueron felices, especialmente Mitzi y Rudi, y Lucía y Gustavo, que, además del éxito en la empresa, saboreaban las delicias del amor en el matrimonio.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: **Barbará, 16.** - Madrid: **Evaristo San Miguel, 11**

COLECCION USTED

los mejores libros de las Ediciones Espaciales
de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS

La vida alegre.—El gran destile.—Miguel Sanguet o el Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El tuche número 11.—Sin familia.—Marie Nostrum.—Marta, el hombre que se vendió.—Cobras.—El día de Montecarlo.—Vida bohémica.—Bast.—Adida, periodista.—El padre amante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el barón de Sevilla.—Noche nupcial.—El séptimo cielo.—Rosa Oeste.—Los vendedores del fuego.—La mariposa de oro.—Don Mat.—El demonio y la carne.—La castellana del Lirano.—La tierra de todos.—Triguit.—El rey de reyes.—La ciudad castigada.—Baque y arena.—Águilas triunfantes.—El sargento Malacua.—El capitán Sorrell.—El jardín del edén.—La princesa mártir.—Bambusa.—Dos amantes.—El príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El logot de la calle.—La divina cita.—El enemigo.—Amantes.—Monte Rongo.—La bailarina de la ópera.—Don Ali.—Los cuatro diablos.—Hoy, payaso del Volga.—Volga.—La ciudad perdida.—Un cierto muchacho.—Nicolai.—La ruta de Singapur.—La actriz.—Mister Wo.—Renante.—El despertar.—Los tres pavones.—La metedla del amor.—Cristina, la holandesa.—Viva Madrid, que es mi pueblo.—Buenos Mismos.—La cosa andalusa.—Los cuervos.—Tram.—El amigo de Montecarlo.—La mujer ligera.—Virgilio manzanera.—El peregrino de Tehiti.—Escritas dichosas.—Esto es el cielo.—La venta del 11.—República.—Gangster.—Océanos salvajes.—El tabulador.—Egipcio.—La máscara del diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vida insignificante.—Paseación.—Tentación.—La penitencia.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los hijos de nadie.—El pasado de prietas.—Bona Isabel de Corea.—Los dos maritales.—La santidad de la estupa.—El pecio de un beso.—La expedición del recuerdo.—Belkhanov.—Del mismo barro.—Korvaldson.—Cuatro de infantería.—Ollanta.—Mervicio Sans-Gêne.—Bambusa de gloria.—Mambo.—Luchón de amor.—Molly (la gran pacha).—El volcán.—De Francia.—Marchant.—Prim.—El presidente.—Romanos.—La gran charca.—Tempestad.—El día del mar.—Anne Christie.—Rey de mis amores.—Horizontes nuevos.—San Mar (edición popular).—La inextinguible.—El malo.—El payaso real.—Dain los techos de París.—Wo-Chung.—Montecarlo.—Camino del infierno.—[Mia señor].—[Alfaro].—La mujer que amamos.—El camp de 1/4.—La princesa se enamora.—Amoroso de amor.—El gran desafío (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La vida alegre (edición popular).—Angels del infierno.—Cuerpo y alma.—El serpiente.—Reposo a medias.—Esclavas de la moda.—Pati Café.—Hay que caer al príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerta un amor.—Marrufo.—¿Conoce a tu mujer?—El millón.—La mujer A.—Corte alegre.—Mar de fondo.—La llama sagrada.—La ley del jardín.—La traza amorosa.—Vidas truncadas.—La her del mar.—Tadé.—El pasado acusa.—Fuga plena luz.—Tres Hurn.—Un yacui en la tumba del rey Arturo.—El zángano penal.—La puta verdad.—Maternidad y el derecho a la vida (fuera de serie).—Carnón (La tragedia de la mina).—Revolución.—Las peripetias de Rupp.—¿Qué viciosa?—El camino de la vida.—Noches de Viena.—Mamá.—Eran tres.—Cher-Bibi.—Béame una vez.—Camantes de bajo.—Los hijos de la calle.—La eternidad.—Madame Butin.—¿Cuándo te suicides?—Martina.—El carnet americana.—Hoyada a tu madre.—Su última noche.—Las alegrías chicas de Viena.—Viva la libertad.—Malvada.—El comienzo del amor.—Deliciosa.—Cielo roado.—Amargo dulce.—Honor entre amantes.—Para atraer a la luna.—El hombre que asesinó.—Hindani.—La casa.—El prófugo.—Música de paz.—Amores de modicencia.—Miguel Sanguet o el Correo del Zar (edición popular).—La hermana de San Ralpión.—El demonio y la carne (edición popular).—La dama misteriosa.—Los clavos de la Virgen.—Pereza de hable.—Anne Hurr.—A Capone (Pástor en Chicago).—Mi último amor.—Muchacha de uniforme.—Marta y Majar.—Maso Neri.—Canguila (fuera de serie).—Corrección.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección,
considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

En preparación:

HOMBRES EN MI VIDA

Magnífica novela cinematográfica, en español, de la
COLUMBIA por LUPE VÉLEZ, RAMÓN PEREDA,
LUIS ALONSO, etc.

NIEBLA

Producción dramática en español, por los popularísimos
artistas MARÍA F. LADRÓN DE GUEVARA y RAFAEL RIVELLES

Recuerde los siguientes títulos

TARZAN DE LOS MONOS - REBECA

Pregunte, indague, interélese por

Éxitos cinematográficos

¡SIEMPRE LO MEJOR!

En breve el nuevo e ilustrado

CATÁLOGO

de las inimitables

EDICIONES ESPECIALES

de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pídalo desde ahora y se le remitirá, por riguroso turno,

GRATIS

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. - BARCELONA



E. B.

Precio: Una peseta